

ENSAYISTA PREOCUPADO BUSCA LECTOR VIGOROSO. PANORAMA DEL ENSAYO ESPAÑOL EN 2009

María Elena Arenas Cruz

El conjunto de ensayos reseñados a continuación no es más que una muestra de todo lo publicado por autores españoles a lo largo del año 2009. No voy a enumerar las razones que podrían atraerse para avalar una selección que, por subjetiva, podría ser sin duda sustituida por otra de títulos y autores diferentes. La única guía que ha dirigido mis pasos ha sido el afán personal por buscar, si no firmes cuerdas a las que asirse, al menos esos hilos de seda que ayudan al pensamiento a orientarse en la madeja laberíntica del mundo y en la no menos confusa del yo. Por tanto, en ese azaroso juego de búsqueda y hallazgo solo puedo sencillamente afirmar que ciertos ensayos me han encontrado. Son textos de temática variada, que abordan asuntos relacionados con la política, la ideología, la ética, la educación, la filosofía, el arte, la palabra o la memoria. Y en todos ellos se observa algo común: el esfuerzo preocupado de sus autores por entender algún aspecto de la multiforme realidad con el instrumento de la razón. No estará de más recordar que un ensayista es un escritor peculiar: es alguien que observa el mundo y a sí mismo y, ante tamaña y desbordante complejidad, no se arredra, sino que, desde su particular situación existencial, con su personal bagaje de lecturas y experiencias, establece criterios, interpreta hechos (o imágenes o palabras), elabora juicios, diseña argumentos para probar o refutar ideas... En definitiva, se dedica a *pensar de manera crítica*. En este afanoso esfuerzo por hacer otras preguntas pero, sobre todo, por imaginar otras respuestas, el ensayista esboza propuestas, concibe proyectos, sugiere cambios... Y aunque sabemos que en todo ensayo se antepone la coherencia argumentativa del propio pensamiento a la pretensión de influir en el receptor (por eso la argumentación no siempre se adapta al sistema de creencias del potencial auditorio), no por ello esta vocación reflexiva deja de estar motivada por una intención persuasiva:

todo ensayista aspira no sólo a que sus ideas no caigan en saco roto, sino a motivar, seducir, inspirar al lector para que esa *otra* manera (parcial, subjetiva, contingente) de ver e interpretar *algún* aspecto de eso que llamamos realidad, le haga modificar, o al menos *volver a pensar*, su conducta, sus creencias, sus valores.

En consonancia, pues, con esta intención más o menos velada o explícita, el ensayista busca para sus escritos determinado tipo lector, una persona que, además de poseer ciertas cualidades relacionadas con el orden o la memoria, esté dispuesto a *pensar más allá*. Esto ha de entenderse no tanto como capacidad para engendrar ideas nuevas (rasgo que hemos de admitir está solo reservado a unos pocos cerebros privilegiados), cuanto como buena disposición a plantearse y darle vueltas a otras perspectivas y puntos de vista diferentes a los propios. Montaigne, el padre de esta singular clase de textos, consideraba *vigoroso* al lector que aceptaba el invite que el ensayista le lanzaba, esto es, que no renunciaba a la discusión e incluso estaba dispuesto a mudar de creencias y convicciones si la argumentación era razonable y persuasiva (*Ensayos*, III, 1377-1378). No olvidemos que la rigidez dogmática del contexto social y político en el que el viejo escéptico bordelés escribía, hacía más admirable ese requerimiento de *fortaleza* en el lector que se acercara a sus ensayos, lector al que se le pedía que asumiera el fundamental carácter contingente de todas las opiniones, incluida la suya propia. Pero lo más interesante es que esta premisa no implicaba solo lo que hoy tópicamente entendemos por admitir una *pluralidad de ideas*, que también, sino, la urgencia, en tiempos de crisis (tan similares en esto la Europa de finales del siglo XVI y la actual) de asumir la necesidad de *volver a pensar*, una vez más, lo que parece que ya ha sido pensado.

En este sentido, de todos los textos publicados en colecciones de Ensayo y Pensamiento a lo largo del año 2009, quizás convendría empezar a hablar de un curioso librito de Fernando Savater titulado *El arte de ensayar. Pensadores imprescindibles del siglo XX*. Se trata de las breves “justificaciones” que fueron antepuestas a los veinticuatro tomos de la colección “Ensayo contemporáneo”, preparada por él mismo para Círculo de Lectores /Galaxia Gutenberg. Aunque no son ensayos propiamente dichos (ni prólogos siquiera, tarea encomendada a otros estudiosos conocedores de los autores editados), leídas al margen de los textos que presentan, estas breves notas ofrecen dos cosas: una teoría del ensayo como género proteico, abierto a una gama heterogénea de formas y estilos diversos, de manera que, leídas sucesivamente, resultan ser un compendio de reflexiones dispersas sobre las variadas condiciones de la escritura ensayística. Y ser un gustoso aperitivo para abrir el apetito del lector, para seducirlo e invitarlo a que se atreva a buscar y a leer directamente los peculiares ensayos escogidos. Pero, ¿por qué estos y no otros? Sencillamente porque, al decir del propio Savater, son obras “decididamente *relevantes*, es decir, capaces a su vez de engendrar nuevas vías fecundas de ensayismo” (15). Enlacemos con lo dicho anteriormente y no dejemos pasar de largo

este fundamento *generador o productivo* asociado al ensayo, pues ya Montaigne había contado con esta complicidad del lector inteligente:

¡Y cuántas historias he esparcido que no dicen palabra, con las cuales, si alguien quiere escutarlas con un poco de esmero, producirá infinitos ensayos! Ni ellas ni mis citas se limitan siempre a servir de ejemplo, autoridad o adorno. No las miro solo por el provecho que saco de ellas. Llevan con frecuencia, al margen de mi asunto, la semilla de una materia más rica y más audaz (*Ensayos*, I, 341-42).

El ensayista no pierde la esperanza de que las ideas sembradas florezcan en nuevos pensamientos. Según indica Savater, los libros que decidió incluir en su colección salieron de la pluma de escritores heterodoxos que, al ser despreciados por la oficialidad académica, buscaron “para sus heréticas intuiciones o razonamientos el refrendo de lectores sin cátedra ni púlpito, pero influyentes como opinión pública” (14). Estos lectores somos todos y cada uno de nosotros en la medida en que estemos dispuestos a situarnos en la adecuada disposición lectora y asumamos la fundamental dimensión dialógica que sustenta todo ensayo. Lo cual supone atender a lo leído para, sin renunciar a nuestra autonomía moral y política, *volver a pensarlo*. Solo así el esfuerzo intelectual desplegado en los trabajos que a continuación voy a reseñar tendrá una encarnación en la vida social, solo así se podrá decir que el pensamiento razonable del hombre sirve para intervenir y modificar el mundo en que vivimos.

Que un ensayista reflexione sobre las condiciones de la propia escritura ensayística no es infrecuente (ejemplos brillantes tenemos en Unamuno u Ortega); pero que convierta ese ejercicio metaliterario en el soporte formal de su escritura es una interesante novedad que con gran maestría y humildad no exenta de pasión ha llevado adelante Irene Lozano. El largo título de su ensayo es la primera pista de su propuesta: *Lecciones para el inconformista aturdido en tres horas y cuarto por un ensayista inexperto y sin papeles*, cuya ambigua ironía (homenaje a Jane Austen y Witold Gombrowicz) no debió, sin embargo, resultar suficientemente aclaradora para el editor, que, con gran acierto, añadió un subtítulo que permitiera al lector saber que se enfrentaba con *La falta de ideas de la izquierda en la crisis actual*. Así pues, estamos ante un ensayo en el que, al tiempo que se exponen reflexiones y razonamientos en torno al tema propuesto, se medita a propósito del oficio y condición del ensayista y acerca del propio proceso del pensar. Irene Lozano parece así cumplir con la definición unamuniana del ensayo al ofrecer al lector el privilegio de asistir a la representación escénica del pensamiento *in statu nascendi*. Lo consigue imaginando un sujeto de la enunciación que habla en tercera persona de otro sujeto, el ensayista, presente en el enunciado como un personaje cuyas cuitas argumentativas y avatares especulativos son la esencia de la aventura intelectual que se nos ofrece. El juego con la condición ficticia de este sujeto da mucho de sí:

permite organizar la reflexión como un drama en tres actos y un epílogo; permite introducir a otros autores como sombras que aparecen y desaparecen de la escena dejando la huella de sus palabras como un eficaz estímulo para el pensamiento; permite un imaginario diálogo con lectores conjeturales a los que se invita a no suspender su independencia de criterio y a ser como caleidoscopios atentos a los distintos puntos de vista; y, por último, permite aceptar de buen grado que en la página 117 el sujeto de la enunciación se transmute de hombre en mujer y, como un nuevo Orlando redivivo, *el* ensayista se transforme en *la* ensayista. En definitiva, jugosa ironía y talento literario para abordar con honestidad el delicado tema de la confusión y olvido de las ideas básicas u originarias que la llamada izquierda siempre ha considerado propias y cómo ese olvido es lo que ha impedido afrontar adecuadamente la actual crisis social, política y económica.

No es fácil sistematizar o presentar ordenadamente el contenido de un texto como este, en el que a fuer de extraña combinación de ensayo y metaensayo, las ideas *van apareciendo* conforme el denodado esfuerzo de la ensayista *las va buscando*. Con todo, intentaré esbozar las líneas generales de la argumentación desarrollada. La primera parte es un diagnóstico sobre la situación ideológica de la izquierda. La brillante distinción que realiza entre la izquierda aturdida o sentimental y la izquierda oficial o sensacionalista le sirve para empezar a revisar el proceso por el que el objeto de reflexión (la izquierda) es un ente abstracto y funcional que en realidad no existe, murió hace tiempo, triturada junto a la Ilustración por la teoría y la crítica posmodernas y su rampante relativismo dogmático. Si la izquierda ha muerto, esto es, ha renunciado a los principios que la configuraban, el acto más higiénico, más revolucionario sería el de disponerse a enterrarla, como hizo Antígona con su querido hermano, pues solo así se acaba con el miedo y la paralización y solo así se puede empezar de nuevo a fundamentar la “verdad” olvidada, esa que habla de principios como igualdad, libertad, universalidad y razón.

La segunda parte está dedicada precisamente a bucear en la historia para poder sacar de nuevo a flote las ideas de progreso y de igualdad, desprestigiadas por los “liquidadores de los grandes relatos”, Adorno, Lyotard, Rorty y compañía, “para mejor justificar su conservadurismo”. Vuelve así la mirada a Condorcet y Turgot, a Camus o Bobbio. Frente a los expertos tecnócratas y frente a los intelectuales institucionalizados, reclama con urgencia la necesidad de un pensar estepario, alejado de las esferas del poder y de los partidos políticos, que solo fabrican “pasto ideológico para correigionarios”. Solo el pensador marginal, libre de servidumbres (no solo las que generan los partidos, sino sobre todo las que ofrecen las pequeñas *identidades*) podrá alumbrar con esfuerzo y honestidad alguna idea valiosa. A contracorriente del pensamiento de moda posmoderno, Lozano afirma que el verdadero intelectual es universal y antinacionalista, no busca la exaltación de la diferencia entre los seres humanos (al amparo de multiculturalismos, micronacionalismos o comunidades identitarias varias), sino la igualdad, la libertad y la justicia *para*

todos. Bobbio lo dijo bien claro: “El descubrimiento de una diversidad no tiene ninguna relevancia respecto al principio de justicia”, de manera que, apunta Lozano, ¿cómo se tiene en pie una izquierda no igualitaria?

Ya transmutada en mujer, *la* ensayista aborda en el acto III el tema más espinoso y actual, “el presente en todo su derrumbe”, es decir, la crisis económica que asuela el mundo desde 2007. Lo más interesante quizás de estas páginas no es el acierto en el diagnóstico de la situación, pues no estamos ante una interpretación especializada, sino la habilidad con que Irene Lozano mantiene una posición equidistante entre la argumentación razonada y la demagogia apasionada; con ironía y buenas razones, con un lenguaje a la vez preciso y airado, consigue que el lector medio, inexperto y olvidadizo, se identifique con esta voz perpleja que reflexiona con sencillez esforzada. El poder se ha vuelto loco y la perfección de su delirio es rotunda. Esta es la premisa desde la que la ensayista pretende desentrañar los entresijos de la corrupción ideológica de la clase política que se dice de izquierdas y que hoy está en el gobierno democrático, que no solo ha renunciado a los principios que inspiraron su origen, sino que sumisamente se ha identificado con los de su tradicional enemigo, el capital. La lista de despropósitos que se desprende del detallado análisis, lleno de jugosos ejemplos, de la reacción de las autoridades españolas ante la crisis es abrumadora, y la conclusión es que todos, gobierno y oposición, sindicatos y empresarios, defienden un modelo tramposo y profundamente injusto.

Si no fuera porque está cuidadosamente argumentado y amablemente escrito, se podría afirmar que el honesto y valiente ensayo de Irene Lozano es un panfleto, esto es, “el sarcasmo convertido en bala de cañón”, al decir de Balzac. Pero, aunque no es un panfleto, roza felizmente sus fronteras, de manera que el lector que se dice de izquierdas lo lee como si en cada página le dieran un mazazo para despertarlo del sopor y encaminarlo hacia la lucidez. En este sentido, Lozano encarna el prototipo de ensayista preocupado en busca de lector vigoroso que anuncie en el título: “escribe libros para crear demanda de ideas y, sobre todo, de rebeldía contra el espíritu de su tiempo” (109). Como ella, otros ensayistas esteparios han dedicado su esfuerzo a intentar dilucidar las condiciones del presente; en su ruta crítica apelan constantemente a la autonomía moral del lector valiente, en la idea de que, si comprende, quizás actúe y algo pueda ser modificado.

Precisamente en esta línea hay que situar los escritos que combinan el análisis de los orígenes de la actual crisis financiera con un airado rapapolvo a la izquierda institucionalizada, tema que se ha convertido en una de las rutas más interesantes del ensayismo español menos visible, el que fluye al margen de los medios oficiales de difusión de información. Un ejemplo es Ignacio Ramonet, director de la edición en español de *Le monde diplomatique*, promotor del Foro Social Mundial de Porto Alegre y habitual colaborador de *Rebelión.org*, uno de los diarios digitales que se atreve a gritar verdades sin pausa ni miedo. En 2009 ha publicado *La*

catástrofe perfecta. Crisis del siglo y refundación del porvenir, un pequeño libro que se lee con la misma avidez con que leemos el último capítulo de una novela policiaca, aquel en que finalmente se nos desvela quién es el malo y entendemos las terribles, y ya conocidas, consecuencias de sus actos. La novela la hemos vivido todos en nuestro día a día sin entender muy bien el orden temporal y causal de los acontecimientos más relevantes que nos han llevado a la crisis actual; Ramonet reconstruye esa historia, apunta las fechas, explica y relaciona los acontecimientos y, sobre todo, identifica a los responsables directos, con nombres y apellidos: son economistas a los que se les ha concedido el Premio Nobel, son políticos fervorosamente aclamados por sus ciudadanos en los estados democráticos, o dictadores que, apoyados por estos, destruyeron sus ya pobres países, son grandes magnates de las finanzas y de los medios de información de masas, son instituciones creadas *ad hoc* (como el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio o el Banco Mundial), todos bien coordinados por un sencillo sistema ideológico, el ultraliberalismo, que permite, en esencia, enriquecer desmesuradamente a unos pocos a costa de, por un lado, poner entre paréntesis la democracia, la sociedad civil y los derechos humanos básicos y, por otro, explotar los recursos naturales del planeta y condenar a muerte por inanición a millones de personas. En apenas 125 páginas Ramonet explora sucintamente los orígenes ideológicos del nuevo paradigma económico y político (“Arqueología del crac”) y su despiadada puesta en marcha en el mundo entero, con las subsiguientes y destructivas crisis a él aparejadas (inmobiliaria, financiera, bursátil, alimentaria, medioambiental), puestas en riguroso y clarificador orden (“La fábrica del crac”). La última parte es un terrible diagnóstico de las consecuencias que para el planeta y la humanidad toda ha tenido la codicia institucionalizada: destrucción irreversible de recursos naturales, cambio climático, superpoblación, extremada pobreza con hambrunas inminentes y devastadoras, grandiosos movimientos migratorios, democracias tambaleantes y corruptas, que han renunciado a sus obligaciones *sociales*... La lectura de esta clara y precisa síntesis resulta tan iluminadora como sobrecogedora, pues los datos aportados diseñan, efectivamente, las condiciones de una *catástrofe perfecta*, en la que no ocupa un lugar secundario el colosal crecimiento económico y, por tanto, contaminante, de países como China, Brasil, Méjico o la India, que desbancarán en no muchos años a Estados Unidos como potencia mundial. Que en esta pintura de calamidades se pueda entrever una vía de salida o solución a medio plazo parece una idea no solo remota, sino imposible; sin embargo, Ramonet no pierde la esperanza y en las últimas líneas de su ensayo apuesta, como no podía ser de otra manera, por la potencia moral y el esfuerzo de las víctimas directas del ultraliberalismo: los ciudadanos. No se trata de refundar el capitalismo, como se nos dice, en la idea de que la productividad y el mercado son el único horizonte posible para la historia y la felicidad de las gentes; claro que es deseable que los políticos saquen adelante medidas concretas para reformar y regular el funcionamiento de los sistemas económicos y de producción, pero, “sobre todo, habría

que dar un mayor control a los ciudadanos sobre los recursos estratégicos de los estados y sobre las decisiones económicas que conciernen a sus vidas”, así como comprometerse en el cumplimiento de los derechos humanos, el desarrollo de una justicia social igualitaria que garantice empleos decentes y servicios fundamentales gratuitos o subvencionados y limitar la explotación de los recursos naturales. Todo un voluntarioso programa de acción y transformación social para cerrar, al menos con un conato de esperanza, la lucidez amarga que en todo momento late en las palabras de Ramonet y que el lector sufre página a página.

En esta misma línea crítica se han publicado, si bien en editoriales pequeñas y de corta tirada, otros muchos ensayos en los que se propugna y defiende, con razones y argumentos bastante sólidos, una lucha aguerrida y frontal contra las desmesuras de la economía neoliberal. Entre las propuestas más radicales para promover el necesario y urgente cambio de paradigma están las que incorporan las tesis del llamado *decrecimiento*, concepto acuñado con vocación polémica para abrir un urgente debate que cuestione el principio del *crecimiento* continuo propugnado por la ideología capitalista dominante. Pensadores como Ivan Illich, André Gorz, Cornelius Castoriadis o François Partant sustentan el movimiento social y político que empieza a cobrar fuerza en Francia en los años 90, donde autores como Latouche, Cheynet, Schneider o Aryés trabajan en su desarrollo teórico. Sus obras engloban dos esferas: la reflexión teórica orientada a desenmascarar las supuestas y hasta ahora incuestionables ventajas de la noción de crecimiento postulada por el sistema capitalista, y la que pretende desencadenar una nueva actitud vital entre los ciudadanos para que descubran que con menos cosas se puede ser más feliz. En España, la teoría del decrecimiento es relativamente reciente, aunque puede encontrarse algún antecedente de esta orientación teórica en antiguos ensayos y artículos del economista José Luis Sampedro, ahora reunidos por Olga Lucas y Carlos Berzosa en el libro titulado *Economía humanista. Algo más que cifras*. El profesor y novelista ya había anticipado la necesidad de que la relación entre economía y política tuviera como base las necesidades de las personas concretas, no las interpretaciones de los expertos y tecnócratas. No deja de ser interesante que su voz, claramente heterodoxa respecto a las tesis del neoliberalismo triunfante en los años 70 y 80, haya vuelto de nuevo al primer plano de la atención pública, cuando las gravísimas consecuencias de la economía global y desregularizada han abierto el debate sobre la necesidad de pensar en otra sociedad posible.

En este contexto de debate y revisión de ideas hay, por tanto, que situar la publicación de ensayos que actualizan para el mundo de habla hispana las tesis sobre el *decrecimiento*, relativamente marginales hasta la fecha. Así, entre los libros más interesantes que sobre este tema se han publicado en el 2009 cabe citar *El crecimiento mata y genera crisis terminal*, de Julio García Camarero; *En defensa del decrecimiento*, de Carlos Taibo; *La habitación de Pascal. Ensayos para fundamentar éticas de suficiencia y políticas de autocontención*, de Jorge Riechman;

y, finalmente, *Mejor con menos. Necesidades, explosión consumista y crisis ecológica*, del profesor Joaquim Sempere Carreras, todos ellos cargados de pasión, contundencia y buenos argumentos.

Salvando las diferencias y matices de perspectiva en cada uno de ellos, los vectores de su argumentación confluyen en un punto de partida central: la crisis actual no solo es *una* crisis financiera, sino varias crisis combinadas: de materias primas, demográfica, medioambiental y, por supuesto, de valores humanos. No puede, por tanto, abordarse con las soluciones económicas del pasado, esto es, limitarnos a poner tiritas y algodones al sistema vigente a la espera de que cuando recupere la salud todo volverá a ser como antes. Esta actitud supone un suicidio colectivo, dado que el problema no son los achaques o heridas del sistema, sino el propio capitalismo como estructura cuyo funcionamiento a pleno pulmón exige la destrucción del planeta y la esclavitud del ser humano. Lo que estos autores plantean desde distintos ámbitos y enfoques es un cambio de mentalidad colectiva, cuyo centro de gravedad podría considerarse un principio ético: la sobriedad voluntaria, la autocontención, la autosuficiencia. Es necesario estar dispuesto a cambiar la manera de vivir, no solo para que la raza humana sobreviva, sino para alcanzar una *vida buena*. Reorganizar la vida humana en comunidades más autosuficientes y de escala menor y reducir el consumo de bienes materiales (esas mercancías lanzadas al mercado para engrasar la generación de deseos e insatisfacciones), no solo repercutiría en la reducción de la producción de los mismos (y, por tanto, de los elevados costes en materias primas, energía y residuos contaminantes que se generan para su elaboración, envasado, transporte y distribución), sino en la reducción del tiempo dedicado al trabajo productivo (las largas jornadas laborales). Trabajaríamos menos, nos moveríamos menos, tendríamos menos dinero y solo lo necesario para vivir dignamente, pero ganaríamos tiempo para dedicarlo a construir y mejorar nuestras vidas como seres humanos. Las medidas políticas que tal filosofía obligaría a implementar parecen imaginaciones de locos, sueños de niños, utopías imposibles, por eso una buena parte de estos impactantes ensayos están dedicados precisamente a desmontar y refutar a quienes sostienen la imposibilidad del cambio (dada la solidez y ventajas de las estructuras sociales y económicas establecidas y el egoísmo radical de los seres humanos, dicen). Contra el nihilismo ideológico y contra las diversas formas de autoengaño, como el de quienes creen que nuevas invenciones técnicas y científicas nos van a permitir seguir viviendo igual (a los occidentales despilfarradores, claro), estos autores rompen con toda crudeza los espejismos varios que nos contentan y recopilan con fervor argumentos sólidos para mover las conciencias hacia otros fines, otras preguntas, otras soluciones..., siempre al margen y en contra de lo que demuestran que ha sido el camino más directo hacia la destrucción. La conclusión suele ser en todos ellos atterradoramente similar: si en los próximos veinte años no tomamos las medidas adecuadas, la escasez de alimentos, de energía y de materias primas

en un mundo superpoblado y devastado ecológicamente llevará a las minorías detentadoras del poder a garantizar su supervivencia instaurando nuevas formas de tiranía, barbarie y asesinato: tanto Carlos Taibo, que habla de “darwinismo social militarizado”, como Jorge Riechmann (en línea con los vaticinios de Carl Amery, Samir Amin, Castoriadis, Naomi Wolf y un largo etcétera) constatan un renacimiento y progresiva consolidación de las ideologías fascistas y antidemocráticas, claramente animadas por las poderosas estrategias del miedo (los terroristas, los inmigrantes, el paro...) que en los últimos años han diseñado los llamados neocons y teocons norteamericanos.

El análisis de la situación a partir de los contundentes datos que demuestran la inminencia del desastre (ecológico y humano), así como la inconmensurable magnitud de la empresa de transformación social y económica que estos autores proponen, no dejarán al lector indiferente. El diagnóstico de la enfermedad está hecho, el camino trazado; no hay regodeo catastrofista, pero clara y repetidamente se nos emplaza a elegir y a poner personalmente en marcha el cambio: ¿la emancipación y la vida buena o la esclavitud? El debate está servido y el lector de estos ensayos no podrá dejar de encajar el envite y aceptar el diálogo con todo su vigor intelectual y emocional.

De todas maneras, corren estos autores y sus trabajos el riesgo de ser tildados de *antisistema*, ese marbete ofensivo y provocador que con gran soltura y escasa reflexión colocan los abanderados del neoliberalismo (y los medios de comunicación a su servicio) en la frente de todos los que se atreven a criticar el que, desde los años ochenta, viene siendo el pensamiento único. Sin embargo, permítaseme subrayar que en ningún momento estos ensayos ponen en entredicho los valores democráticos, al contrario: el aliento que en última instancia los recorre es el urgente desarrollo de democracias *verdaderas*, donde las personas dejen de ser consumidores alienados y se conviertan en ciudadanos responsables. Su radicalidad es firmeza de principios, es convencida fe en los viejos valores de Ilustración, sobre todo, en uno: la necesidad de salvaguardar la fundamental igualdad de todos los seres humanos y los derechos que les asisten, unido a la obligación de no esquilmar y destruir el planeta para las generaciones futuras. En este sentido, no considero absurdo sino deseable no olvidar que es conveniente trazar una línea de parentesco entre estos ensayos alarmados y radicales y otros más moderados pero igualmente exigentes, como los escritos por Juan Luis Cebrián en *El pianista en el burdel*, una interesante reflexión sobre las funciones y obligaciones de los periodistas para proteger las democracias en las sociedades hipercomunicadas, los recogidos por Jordi Gracia y Domingo Ródenas Moya en el volumen titulado *Más es más. Sociedad y cultura en la España democrática (1986-2008)*, o los reunidos por Elías Díaz, catedrático de Filosofía del Derecho y cuya labor intelectual difícilmente puede ser calificada de heterodoxa.

Quizás ha sido esa alentadora confianza en los valores ilustrados lo que ha hecho que el libro del profesor Elías Díaz, *De la institución a la constitución. Política y cultura en la España del siglo XX*, sea merecedor, un año después, del Premio Internacional de Ensayo Caballero Bonald 2010. El hilo conductor de los siete ensayos es la firme convicción de que existe una continuidad en la historia intelectual y política de nuestro país que vincula los principios krausistas de la Institución Libre de Enseñanza con los valores éticos y políticos de la Constitución de 1978. La organización cronológica de los temas es, por tanto, un reflejo de esta continuidad histórica, tres de cuyos principales jalones son las biografías de Joaquín Ruiz-Giménez, Enrique Tierno Galván y José Luis López Aranguren. En el análisis que el profesor Díaz realiza de la evolución personal (sin olvidar algunos de sus puntos más oscuros) y de la reflexión política y filosófica de los tres personajes hay una clara voluntad de subrayar la determinante función que cumplieron en la generación de ideas y actitudes que sustentarían la transición a la democracia.

Las tres hagiografías, que ocupan la parte central del libro, están flanqueadas por otros cuatro ensayos de mayor envergadura, sin los cuales no sería posible trazar la citada línea de continuidad voluntariamente promovida por el autor. Los dos iniciales, por tanto, están dedicados al gran proyecto ilustrado alentado por Giner de los Ríos y demás krausistas, cuya brillante materialización fue la Institución Libre de Enseñanza, espacio privilegiado de libertad intelectual y resistencia contra el llamado “fascismo católico”. A su vez, los dos últimos son una revisión de un par de trabajos anteriores, rehechos ahora para actualizarlos en función de los cambios vertiginosos que ha traído el paso del tiempo. Resultan así los más interesantes desde mi punto de vista. El primero es una reflexión acerca de un tema que empieza a ser tópico: la función del intelectual en la vida pública, sobre todo porque desde distintos frentes se ha postulado su desaparición o peor aún, su conversión en intelectual apolítico o en intelectual orgánico. Con el fin de superar estas etiquetas y tomando como referencia constante los trabajos de Norberto Bobbio, el profesor Díaz va a reivindicar como propias del intelectual dos condiciones: la responsabilidad (que no compromiso) con los resultados y consecuencias de sus propuestas, y su trabajo como mediador entre posturas e interpretaciones diferentes, pues su “método de acción es el diálogo racional, donde los interlocutores discuten presentando argumentos razonados” (200); sus virtudes serían, por tanto, la tolerancia y comprensión del otro y la duda. Esta actitud situará al intelectual en la mejor posición no solo para describir hechos, sino también para prescribir valores, que no serán otros que los de “la civilización como mejor cultura que deriva de la Ilustración, de la libertad, de la igualdad y el respeto a los demás. Y la barbarie como tiranía, opresión y negación de la humana dignidad” (210). En términos políticos, estos valores se traducen en una defensa de la democracia (falazmente identificada por algunos con el capital) y del Estado de Derecho.

El último ensayo es una revisión de otros publicados por el profesor Díaz a propósito de la Constitución de 1978. Lo más interesante es su encomiable voluntad para volver a poner encima de la mesa los principios irrenunciables contenidos en la carta magna, que por inhibiciones neoliberales, no se han desarrollado en toda su plenitud. Esta exigencia se centra fundamentalmente en la obligación que tiene el Estado de Derecho, como institucionalización jurídica de la democracia, de garantizar la libre y plural participación de todos los ciudadanos “en la toma de decisiones políticas y jurídicas, y la participación en los resultados, derechos, libertades y satisfacción de legítimas necesidades” (223), puesto que en los últimos tiempos se ha producido un vaciamiento de la participación democrática. Y esto por una doble vía: la reducción al mínimo de la sociedad civil y la reducción al mínimo del Estado, sometido a “las poderosas embestidas transnacionales del neoliberalismo conservador y de sus correspondientes ideologías”. Como consecuencia, resulta urgente no tanto reformar la constitución como cumplirla y hacerla cumplir, en definitiva, tomarla en serio y, “deducir y producir la consecuente legislación”, pues solo un verdadero y exigente compromiso con los artículos relacionados con los derechos y deberes fundamentales dará lugar a efectivos cambios y transformaciones de la realidad social. El profesor Díaz analiza y aporta interesantes reflexiones para que alcanzar esta meta no resulte ni inviable ni imposible y, a su vez, denuncia con energía a los poderosos adversarios que constantemente lo impiden: “la gran coalición” entre el fundamentalismo tecnocrático y economicista de los modernos *neocons* y el fundamentalismo teocrático y religioso de los viejos *teocons*, aliados “para el menoscabo y fáctica postergación de las libres decisiones colectivas” y “para el cuestionamiento de la autonomía moral, es decir, para la ilegítima reducción de la igualdad, la libertad y el Estado democrático” (255). Se puede decir más alto, pero no más claro y es de agradecer la pasión y el despliegue de argumentos con el que este viejo catedrático de Filosofía del Derecho nos recuerda los principios de la más elemental ética democrática.

Porque, ¿acaso no es un debate ético lo que en esencia encierran todos los ensayos hasta aquí mencionados? ¿Acaso no se trata de preguntarse, por enésima vez, sobre los fundamentos del comportamiento humano y su proyección cívica? Desde diversas perspectivas, a cual más interesante, filósofos de reconocido prestigio han publicado este año trabajos sobre lo que de manera general y quizás un tanto imprecisa se podría denominar *experiencia ética*. Entre ellos me gustaría destacar cuatro títulos: *Las fronteras de la persona*, de Adela Cortina; *Ser quien eres. Ensayos para una educación democrática*, de Emilio Lledó; *Menú degustación*, de Manuel Cruz; y, finalmente, la tercera entrega de la proyectada tetralogía de Javier Gomá Lanzón, *Ejemplaridad pública*.

El libro de Adela Cortina, *Las fronteras de la persona: El valor de los animales, la dignidad de los humanos*, irrumpe como una luz en el seno de una de las discusiones más apasionadas que vivimos en la actualidad, la que intenta dirimir

si tienen derechos los animales. Sin prejuicios y con el instrumental de la razón y el sentido común, la profesora Cortina analiza cuidadosamente las premisas y argumentos de las tesis *animalistas* y las contrapone a los principios filosóficos que sustentan la idea básica de *dignidad humana*. Su estudio es largo y meditado y la conclusión es tan precisa que ya viene adelantada en el subtítulo: los animales son seres vulnerables, que pueden sufrir y gozar, pero ello no les confiere derechos naturales sino que les otorga *valor*. Los animales son seres valiosos cuya protección debe ser promovida mediante normativas legales que impidan que se les cause un daño. Sin embargo, este valor interno de los animales no es absoluto, pues, cuando entra en competencia con otros valores, es necesario establecer una ponderación que permita optar. En cambio, los seres humanos sí tienen *derechos*, pues su valor no solo es interno, sino absoluto, y este valor absoluto nace de la *dignidad*. Esto es así porque lo peculiar de las personas es que “son capaces de reconocer si su propia vida es digna o indigna desde el reconocimiento que otros hacen de ella y desde su propia autoconciencia”. Los seres humanos necesitan afectos y tener cubiertas sus necesidades materiales, pero, más allá de una vida satisfecha, tienen derecho a la dignidad, que “brota del reconocimiento de estar siendo tratado atendiendo a la norma de la especie, que en último término es la de la libertad” (224). Esta idea es clave porque es la que determina la obligación de garantizar y proteger las libertades civiles y políticas de las personas en el seno de la comunidad humana. Por tanto, aprendamos a establecer prioridades: más que buscar una ética que incluya derechos inexistentes de los animales o una supuesta igualdad entre las distintas especies, es de ineludible justicia que dediquemos nuestra energía a garantizar la dignidad y el desarrollo de las personas y de los pueblos.

La sensata invitación de la profesora Cortina viene como anillo al dedo para presentar los ensayos de Javier Gomá y Emilio Lledó, animados por el mismo espíritu de ayudar a orientar al ser humano en sus esfuerzos por seguir eligiendo la civilización y la democracia, frente a la barbarie y la tiranía. En el caso del primero, ya el título de la propuesta, *Ejemplaridad pública*, encierra las premisas desde la que parte la metodología filosófica: la *ingenuidad*, enarbolada como concepto polémico para intentar superar los efectos paralizantes que han provocado las distintas modalidades de la *lucidez* posmoderna (escepticismo, relativismo, pluralismo...), que nos han hecho más conscientes y más libres, pero no han conseguido emanciparnos. Así, desde esa ingenuidad Gomá Lanzón se apoya sin prejuicios en la literatura, en la historia del pensamiento político y filosófico occidental o en la historia del gusto estético para plantear e intentar resolver la *cuestión palpitante*: el hecho de que la lucha que el hombre occidental ha librado durante los últimos tres siglos por su liberación individual no haya traído como consecuencia su emancipación moral. Compleja cuestión que Gomá ha ido aquilatando desde otros puntos de vista en sus libros anteriores: *Imitación y experiencia* (Premio Nacional de Ensayo 2004) y *Aquiles en el gineceo* (2007) y que en este por fin cuaja en una

premisa básica: una vez aceptada la *vulgaridad* como el estilo de vida propio de los miembros de las sociedades democráticas actuales, finitas e igualitarias, es necesario *reformularla* si queremos asentar sobre bases sólidas el gran proyecto civilizatorio que, según Gomá, solo está iniciando su marcha y para consolidarse debe conciliar la ética pública con la ética privada, hoy completamente desvinculadas. Una parte especialmente interesante es la dedicada a analizar el proceso por el que, a partir del Romanticismo, el yo deja de asimilarse a una función social (cuyo fundamento ideológico eran las creencias colectivas proporcionadas por la religión y el patriotismo) y se descubre como “totalidad subjetiva”, identificada con la extravagancia (libertad sin límites, originalidad, espontaneidad, rebeldía y exaltación de la diferencia), cuyo único fundamento moral es “la autonomía inviolable de toda interferencia”; esta autoconciencia subjetiva es la que inevitablemente ha dado lugar a “la notoria ausencia contemporánea de cualquier atisbo de moral privada prescriptiva”. Si al renunciar a los antiguos vehículos de socialización no los hemos sustituido por otros nuevos, pero seguimos pensando que es mejor la urbanidad que la barbarie, ¿existe hoy alguna posibilidad de convencer al yo para que “haga propias las limitaciones y alineaciones inherentes a una civilizada vida en común renunciando a sus pulsiones antisociales, pero suyas, auténticas y espontáneas?”. El presente ensayo es un intento de responder a esta pregunta esencial tomando como fundamento las dos experiencias que, en rigor, corresponden al espíritu democrático y secularizado de nuestro tiempo: la finitud y la igualdad, mimbres con los que Gomá diseña su teoría cultural de la ejemplaridad moral persuasiva. Autoridad frente a autoritarismo, menos leyes y más ejemplaridad, más vida social y compromiso público y menos individualismo. Esos podrían ser, sucinta e imprecisamente, algunos de los principios elementales que sustentan esta sugerente teoría.

Para llevar a cabo esta transformación civilizatoria Gomá propone una nueva *paideía* que genere ciudadanos ejemplares. Quizás los fundamentos de la misma no haya que buscarlos muy lejos, pues este mismo año el profesor Emilio Lledó ha publicado una recopilación de ensayos sobre educación democrática titulada *Ser quien eres* (2009). No es poco atrevimiento, en los tiempos que corren, evocar el famoso verso de Píndaro para titular un libro en el que se reflexiona sobre las condiciones y premisas de las que debe partir la educación para ser liberadora, reflexiva y crítica. Aquella vieja confianza hacia la educación que el poeta griego muestra cuando insta al rey Hierón de Siracusa, vencedor en la carrera de carros, a llegar a ser el que es siguiendo las pautas que le habían sido enseñadas (Pítica II), es la misma que sigue defendiendo el benemérito profesor Lledó cuando sostiene la idea kantiana de que el ser humano es lo que la educación hace de él.

Muy alejado de los principios que sustentan la reflexión pedagógica actual (cuya abstrusa terminología constituye ya el primer escollo y refutación de aquello que postula y defiende), Emilio Lledó centra su atención en el lenguaje: reivindica

la recuperación de la memoria, vinculada a la palabra y al diálogo, y, por tanto, a la vida en sociedad (solo el ámbito de lo colectivo posibilita la constitución de la individualidad); y entiende la tarea del maestro, cuya cálida y cordial humanidad será siempre ejemplo para el alumno, como una pedagogía de mediación: frente las enseñanzas estructuradas en programaciones y manuales, propone no tanto transmitir conocimientos cuanto *enseñar a comprender* (sutil diferencia, me atrevo a decir, respecto a la actual tendencia que postula un general y vacío *aprender a aprender*). Ello supone, cómo no, fomento de la inteligencia y de la libertad de pensar y, sobre todo, partir de la memoria cristalizada en textos. Uno de los problemas centrales de las sociedades altamente tecnificadas y capitalistas es el uso politizado que se hace de las tecnologías para “vehicular información para la nada” y para generar “una inmensa memoria del olvido”. Si se desatiende la fundamental condición lingüística del pensamiento, con la falsa idea de que una imagen vale más que mil palabras, los seres humanos habremos lastrado, si no perdido para siempre, nuestra capacidad de pensar y, por tanto, antes que trabajar por emanciparnos, disfrutaremos esclavos dentro de la caverna. Para romper esta tendencia hacia la ignorancia y la falsedad, y volver a enderezar el ideal ilustrado de una educación verdaderamente democrática, Lledó enlaza con las enseñanzas machadianas de Juan de Mairena, que podrían sintetizar todo lo que este libro aspira a poner sobre el tapete: *no vemos nada si no sabemos nada* y, sobre todo, *si no somos nada*. Aprender a ser para querer saber y así poder ver.

Este último podría también ser el lema del libro de Manuel Cruz, *Menú degustación. La ocupación del filósofo*, en el que, más que trazar líneas concretas de interpretación de los seres humanos para su actuación como individuos en una sociedad, el catedrático de Filosofía Contemporánea de la Universidad de Barcelona reivindica, antes que nada, la función de la filosofía como actividad reflexiva. Para desarrollar esta idea en todas sus dimensiones, pero, sobre todo, para hacerla llegar al lector no especializado pero curioso, concibe un ensayo en el que los temas se distribuyen siguiendo una estructura novedosa y original: la carta de menús de un restaurante. La *nueva dieta*, más sana y equilibrada, en materia de pensamiento, se incluye en un *menú degustación*, es decir, no se trata de comer de todo (“pensar de todo”), como aconsejan los expertos en nutrición, sino de presentar una selección de manjares delicados para que el paladar los saboree. Así, después de un “Aperitivo doctrinal” en que se analiza la base de su actividad culinaria, entendida como “dar que pensar” o “hacer pensar”, los primeros platos son la presentación de la figura del filósofo (“o a qué se dedica quien se dedica a la filosofía”), graciosamente visto como un *gallego impenitente* “que contesta siempre a una pregunta con otra pregunta”, y una defensa de su labor docente como un ejercicio de *veracidad* (44). La carta continúa con los segundos platos, ensayos a propósito de algunos temas propios del filósofo (“o de qué sabe quien sabe de Filosofía”), es decir, aproximaciones a asuntos como Dios, la dualidad cuerpo-alma, la libertad,

la muerte, los tópicos, la fidelidad o la política. El final, como todo menú, viene coronado por un “postre ligero” o regalo al paladar en forma de pequeña clave para vivir: dado que solo se vive una vez, más que intentar colmar nuestra vida con acontecimientos especiales con los que darle sentido, dejar que las cosas sean y amar su genuina condición de posibilidad. Late escondido el viejo Píndaro en esta guinda del pastel (*No te afanes, alma mía, por una vida inmortal, sino que apura el recurso hacadero*). En clara guerra contra el pensamiento *gaseoso*, subjetivo e insustancial, Manuel Cruz se despoja de las grandes palabras y de las elaboradas citas eruditas para intentar, con claridad y honestidad, no solo definir el espacio propio de la Filosofía, sino convertir el texto que el lector tiene entre sus manos en un ejemplo del propio ejercicio del pensar. No quiere que olvidemos que, como sugiere el dicho orteguiano que el libro mismo lleva como emblema, la Filosofía es “un gran caer en la cuenta”, y a ello se apresta con esmero, a que, filosofando él mismo, aprendamos los *trucos* para “caer en la cuenta”, tarea gustosa donde la haya para el lector *vigoroso* de ensayos.

Y si una de las maneras más interesantes para aprender a pensar consiste en detenerse y formular de otra manera las preguntas de siempre, no andan muy descaminados quienes proponen como vía el regreso a la lectura demorada, atenta, detallista, a contracorriente de la lectura trivial y acelerada que hoy nos domina. Esta es la invitación, hecha explícita sin rubor, en el prólogo que antecede al volumen de ensayos reunidos por Carlos García Gual, *Encuentros heroicos. Seis escenas griegas* (2009). Se nos invita a volver a leer despaciosamente algunos episodios de textos clásicos griegos, con el fin de entender en profundidad los mensajes que contienen. Aunque la mentalidad de los antiguos no era idéntica a la nuestra, “sino que tenía un sistema de valores y expresiones léxicas con campo semántico diferente al de nuestra lengua”, si aprendemos a leerlas en profundidad, esas escenas dramáticas y emotivas todavía consiguen decirnos algo, entre otras cosas porque, “nuestro imaginario no es infinito y guarda arquetipos que reaparecen luego en curiosas metamorfosis” (15). En línea con lo que quedó sugerido al principio, las escenas recreadas y comentadas por García Gual constituyen un excelente aperitivo para *volver a pensar* (y, de paso, volver a leer) ciertos motivos y valores esencialmente humanos, como la compasión, la hospitalidad, el amor o la resignación ante el destino, encarnados precisamente en personajes remotos.

Los tres primeros episodios pertenecen a obras de la literatura más clásica: el encuentro entre Aquiles y Príamo, cuando este se acerca a recoger el cadáver de su hijo Héctor (*Iliada*); la charla de Ulises disfrazado con Eumeo, su porquerizo (*Odisea*), y la breve disputa de Áyax con su esposa antes de que el héroe se suicide (*Áyax* de Sófocles). En cambio, los tres restantes proceden de textos helenísticos o de época tardía: la seducción de Jasón a Medea para que le ayude en la búsqueda del Vellocoino de Oro (las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas), el encuentro de los enamorados Quereas y Calíroo en la corte del rey de Babilonia (novela de Caritón

de Afrodísia) y por último, las lágrimas del rey Alejandro Magno en los confines del mundo, cuando los árboles del Sol y la Luna le comunican que su vida está pronta a concluir, que no regresará al hogar y que no verá a su amada madre (*Vidas y hazañas de Alejandro Magno* del Pseudo Calístenes). El profesor García Gual selecciona hábilmente los detalles que le permiten recrear con amenidad cada una de las escenas en que se producen estos encuentros heroicos, pero lo más interesante no es esto, sino el cuidadoso e inteligente análisis que hace de la conversación que mantienen los personajes, de los discursos que se intercambian. Aflora aquí esa fe filológica que todavía cree que las palabras constituyen el mundo y su estudio constituye un vehículo fiable para entender o interpretar lo esencial de estas vidas ficticias que, más allá de su grandeza, se alzan como un reflejo de las nuestras.

Volver a leer, volver a mirar lo ya mirado y leído para alguna vez creer de verdad saberlo. El singular libro de Juan José Lahuerta, *Estudios antiguos*, es sin duda un ejemplo de lo que vengo diciendo, quizás por eso fue galardonado en 2009 con el Premio Internacional de Ensayo del Círculo de Bellas Artes, por su novedoso punto de vista a la hora de acercarse a la historia del arte. El tema es un tópico: el tratamiento del cuerpo en el arte, pero su perspectiva es insólita, porque lo que se busca es una *segunda mirada*, “esa más sostenida que nos permite ver cómo todo se ilumina lentamente a medida que nuestros ojos van acostumbrándose a la oscuridad y empiezan a distinguir las partes” (14). Ese *otro* conocimiento de la representación del cuerpo que se despliega parece tener como lema una frase del poeta José Ángel Valente que dice que “no hay experiencia espiritual sin la complicidad de lo corpóreo”. Para enseñarnos a ver *lo otro*, los cinco ensayos aquí reunidos tienen como punto de partida e hilo conductor la teoría de la composición que Alberti expusiera en el Libro II de su tratado, y según la cual “la mayor obra de un pintor es una historia, las partes de esta son cuerpos, una parte del cuerpo es un miembro, una parte del miembro es la superficie”. Este es el camino que el profesor Lahuerta recorre, paso a paso, en cada uno de sus ensayos, pero al revés, desde la superficie (pieles), pasando por los miembros (guantes), los cuerpos (ropajes) y las historias (distracciones), hasta llegar a la composición (fuga). El resultado es un montaje vertiginoso en el que cada figura, cada cuadro, cada imagen lleva a otra, en un extraordinario despliegue de erudición, pero también de sensible intuición. La gama de artistas que son sometidos a esta *segunda mirada* es extensa y variada: desde Leonardo, Velázquez o Tiziano hasta Dalí, Buñuel o Manet, pasando por Delacroix, Géricault o Vermeer, entre otros muchos. Pero también son muchas y jugosas las referencias literarias, mitológicas, incluso cinematográficas, que apoyan o despiertan la reflexión que orienta esta peculiar interpretación de imágenes o representaciones del cuerpo humano.

Como el profesor Lahuerta, también Ignacio Gómez de Liaño parece pretender alcanzar el *alma de la imagen* en los ensayos reunidos en *La variedad del mundo*, título tomado del que lleva *El jardín de las delicias* del Bosco en el

inventario de cuadros adquiridos por Felipe II en 1593. Se trata de una recopilación de textos ya publicados anteriormente, el primero de los cuales es precisamente un estudio de la enigmática obra del pintor flamenco, al que siguen otros dedicados al Escorial, *Las hilanderas* de Velázquez, la *Alegoría del tacto* de Bruegel el Viejo y Rubens o el Salón de reinos del palacio del Buen Retiro; a estos siguen ensayos de tono menor pero igualmente interesantes dedicados a los grutescos renacentistas, al agua y sus metamorfosis simbólicas o las imágenes del amor y la muerte, con una interesante recalada en la teoría de la *crystalización* de Stendhal. El libro se cierra con dos ensayos de corte filosófico-literario: uno dedicado a la génesis del *Quijote*, inspirado en los libros de plomo que fueron exhumados a las afueras de Granada a finales del siglo XVI; y otro más extenso y enjundioso sobre Baltasar Gracián, quizás el más perspicaz analista español de la estructura psíquica de la vida humana, representada de manera gráfica y dinámica en sus ideomorfismos simbólicos.

La variedad del mundo como variada configuración de enigmas y jeroglíficos. La novedad del enfoque de Gómez de Liaño estriba en que elige como guía para su análisis no la tradición del pensamiento moderno, racionalista o cientifista, sino esa otra tradición, encubierta o desplazada por la corriente dominante, y según la cual el mundo es una *representación* figurada, simbólica, que ha de ser *descifrada*. Las referencias fundamentales serán *El teatro de la memoria*, de Giulio Camillo, y la obra del filósofo y teólogo renacentista Giordano Bruno, figuras a las que Gómez de Liaño había consagrado con anterioridad valiosos estudios. Ambos representan el punto álgido de esta tradición simbólica, emblemática y alegórica según la cual, el pensamiento es un mecanismo de representación que se apoya en la unión de la palabra y la imagen, en la fusión de la figura y el concepto. Esta perspectiva de análisis, que se interesa por la imagen, el simbolismo, la psique y el lenguaje (y en la que, no obstante, se echa en falta una mayor presencia de la Retórica y su exhaustiva sistematización de los mecanismos de figuración), no solo resulta la más adecuada para abordar la cultura visual del Renacimiento y del Barroco, sino que enlaza eficazmente con nuestro presente, con este mundo nuestro igualmente saturado de imágenes ideológicamente diseñadas.

Como puede observarse, el gusto por la búsqueda y desciframiento de los significados originales que yacen encerrados en ciertas formas de la cultura y del arte alejadas del espectador contemporáneo, es el que parece guiar la hermenéutica más reciente. Así, también el compendio de ensayos que el catedrático y académico Francisco Rico reúne bajo el título *Figuras con paisaje* responde a la misma preocupación intelectual. Publicados por primera vez hace quince años, son reeditados ahora por Destino con escasos retoques, lo que permite al lector saborear de nuevo estas muestras o ejemplos de lo que siempre ha sido la más genuina tradición filológica hispánica, esa brillante conjunción de erudición lingüístico-literaria y comprensión histórica. Por eso las *figuras*, una serie de obras de arte

plástico (como los dibujos que Bocaccio hiciera en libros que Petrarca le prestó, el cuadro que Picasso pintó a partir de Celestina o la portada románica del monasterio de Santa María de Ripio), se sitúan en *paisajes*, el contexto literario del que emanan o que estimula su aparición. El propio Rico establece sus premisas: “un texto digno de aprecio está siempre en una relación más o menos estrecha y más o menos perceptible con los demás elementos del conjunto histórico en que en cada momento se inserta” y “la tarea del historiador consiste en establecer las vías de esa relación y las peculiaridades de ese diálogo” (p. 11).

En este mismo orden de asuntos, pero muy alejada de la tradición hermenéutica que unifica bajo un tronco común los ensayos de interpretación de obras de arte o literarias que he reseñado, está la propuesta que Agustín Fernández Mallo hace en *Postpoesía. Hacia un nuevo paradigma*, finalista del Premio Anagrama de Ensayo 2009. Por su explícito tono axiomático sobre una realidad *future* a la que sin muchas cortesías insta a llegar (o *derivar*) a los poetas actuales, so pena de inminente desaparición, este texto puede considerarse un simple *manifiesto* en la más rancia tradición vanguardista. Con todo, no por ello deja a la vez de ser un *ensayo* propiamente dicho, puesto que un sujeto perplejo ante la insustancialidad de *casi toda* la llamada por él poesía *ortodoxa*, pretérita y presente, escrita en España, se anima a reflexionar sobre las posibilidades o exigencias de su necesaria transformación. La premisa que rige la reflexión y determina la búsqueda de argumentos es infalible: dado que el arte es hijo de su tiempo y nuestro tiempo es el de la postmodernidad tardía (descrita, no obstante, acudiendo a lo más manido de sus tópicos fuentes de autoridad -Barthes, Lyotard, Deleuze...-), o bien la poesía se atiene al nuevo paradigma e incorpora en su praxis toda la visión posmoderna de la realidad, o bien se resigna a desaparecer definitivamente. Con una mezcla de seriedad e ironía, a menudo difíciles de discernir, y con una prosa no siempre clara y elegante, Fernández Mallo se apresta a diseminar acá y allá postulados, axiomas, cuadros comparativos, citas, dibujos, fórmulas matemáticas y abstrusas teorías físicas..., con las que pretende ayudar al lector a entender las peculiaridades de lo que *ha de ser* la poesía postpoética, poesía que a la postre resulta ser una suerte de engendro inhumano en el que se mezclan los consabidos postulados de las vanguardias históricas con la frialdad y el prosaísmo de los viejos poetas de la ilustración (que tenían por modelo a Newton o Helvetius, conforme establecía el espíritu de su tiempo). Sumido en la zozobra de no ver por ningún sitio emoción o sentimiento genuinos, al pobre lector anacrónico, que, con todo, considera sugestiva tanto la propuesta teórica como la invitación al cambio, de pronto le asalta una duda central: ¿alguna vez se ha transformado la poesía porque alguien apasionadamente establezca o dirija las condiciones de la variación? No sé si atreverme a afirmar que estamos ante un mero *desideratum*, tras el cual parece encerrarse la aspiración a convertir en general o universal una práctica que resulta sospechosamente personal. Y ello por mucho que la justificación última para exigir el cambio

de paradigma poético sea la ya trivial (por conocida y superada) *hora del lector* (*receptor*, más propio en este caso), que en la postmodernidad tardía es, según el autor, el verdadero y único dueño de los artefactos artísticos, por tanto, el que urgentemente exige su transformación. Pero, aun aceptando que efectivamente sea *el lector* quien esté reclamando un cambio inminente en la poesía (lo cual al menos requeriría un debate serio), ¿la dirección sería, como propone el autor, hacia el *modus operandi* de la ciencia y la publicidad, sin emociones, sin conciencia...?

Quizás el libro y la propuesta de Fernández Mallo se entienda mejor si no perdemos de vista que, como dice Chantal Maillard en el primer ensayo de los reunidos en *Contra el arte y otras imposturas* (2009), la cultura de la globalización es una cultura *kitsch*, esto es, “una cultura que lo fagocita todo y lo vuelve empequeñecido, degradado, trivializado. Se adueña de las formas y las vuelve simplificadas, estereotipadas, serializadas. La mentalidad *kitsch* lo impregna todo: hay espiritualidad *kitsch*, intelectualismo *kitsch*, ecologismo *kitsch*, etc. Vivimos inmersos en el artificio, la artificiosa representación de lo que en otras épocas era genuino” (35). Y todo ello al servicio de la economía de consumo, que genera satisfacciones materiales y sentimentales estereotipadas mediante productos que no elevan ni mantienen alerta la conciencia, sino que fomentan la mediocridad uniformada, el tedio y la insatisfacción permanente. Así de contundente se muestra esta filósofa y poeta malagueña antes de invitar al lector a buscar los medios para conseguir despejar la conciencia y los sentidos obturados por el *kitsch*, paso previo no solo para poder *actuar*, sino también para poder *sentir*, tanto emociones verdaderas como verdadero placer estético.

Tal como explica la autora, el *contra* que aparece en el título de este libro ha de entenderse “no solamente desde su acepción más común, la del enfrentamiento y la ofensiva, sino también desde la que designa la solidez del soporte” (9). En este sentido, la ensayista reflexiona a propósito del muro de lo institucionalizado (la metafísica, la ciencia, la moral, la política, la religión, el modo de emocionarnos social y estéticamente, la filosofía o el arte), porque, a la vez que nos ampara y protege, también nos coarta e impide “ver al otro lado, traspasar el ámbito conocido y aprender otras maneras de caminar, de estar y de relacionarnos con las cosas” (10). Por tanto, la premisa que sustenta las distintas argumentaciones que se desarrollan a lo largo de muchos de estos ensayos es que, con demasiada frecuencia, olvidamos que dicho muro no estaba allí dado de antemano, sino que lo hemos construido nosotros mismos para ayudarnos a caminar con nuestra ignorancia. El problema surge cuando pretendemos convertir las aserciones verbales, las representaciones, los símbolos, los métodos y fórmulas con que está hecho el muro, en realidades: que no nos demos cuenta de que por el mero nombrar las cosas estas no adquieren existencia real, es una de las formas de la estupidez humana.

Los ensayos escritos desde esta atalaya de lucidez, que la autora llama ingenuidad, cobran una sugerente dimensión *desveladora*. Así, en los ensayos de la primera parte Maillard profundiza en los procesos de falsificación, que afectan no solo a los valores tradicionales, convertidos en bienes de consumo, sino también a las emociones, transformadas por medio de la espectacularización. A continuación se agrupan textos en los que se reflexiona fundamentalmente sobre el valor representativo del lenguaje. Resulta muy interesante el análisis de los mecanismos de significación de las palabras que empleamos, pues solo así se pueden detectar los falsos problemas, es decir, aquellos que derivan de convertir palabras sin referente en entelequias social y políticamente activas, como el dolor, la poesía, Dios o la arquitectura. Cuando el lector arriba a la tercera parte del libro descubre por qué el *leiv motiv* de las reflexiones y argumentaciones desarrolladas es la incapacidad o dificultad que tenemos los occidentales para cruzar los límites que nuestra forma de ver y nuestros conceptos nos imponen. Son ensayos dedicados al universo de la India tradicional: su espacio sonoro, las raíces matriarcales de sus cultos o el fundamento de sus ritos funerarios, temas extraordinariamente sugestivos que dan la pauta para entender la distancia que separa esa cultura de la nuestra.

Para terminar, me gustaría hacer siquiera una breve mención de los ensayos que obstinada pero afortunadamente siguen publicándose en nuestro país para conjurar el olvido de la historia reciente, como si tras ellos subyaciera la idea básica de que no podemos empezar a ser mejores si negamos lo que hemos sido. Un ejemplo es la concesión del Premio Nacional de Literatura 2009, en su modalidad de Ensayo, al magnífico libro de Manuel Reyes Mate, *La herencia del olvido. Ensayos en torno a la razón compasiva* (2008), cuyo hilo conductor es la reflexión acerca de cómo la memoria privada y subjetiva es una de las matrices básicas para la constitución y escritura de la Historia. En esta línea cabe citar además el documentado trabajo de Sebastián Faber, *Contra el olvido. El exilio español en Estados Unidos* (2009) o el homenaje que Abel Sánchez rinde a dos figuras centrales de la transición democrática española, *Suárez y el rey*, Premio Espasa de Ensayo 2009. Pero si hay un texto que además de aportar datos de sumo interés está escrito con el corazón preocupado, valga la paradoja, es el inestimable ensayo de Jordi Ibáñez Fanés, *Antígona y el duelo. Una reflexión moral sobre la memoria histórica* (2009). Redactado en el fragor de los debates sobre la Ley de la Memoria Histórica, finalmente aprobada por el Congreso de los Diputados el 31 de octubre de 2007, el texto de Ibáñez Fanés supone una revisión crítica de los presupuestos morales y políticos que llevan al Estado a redactar una ley que establece las condiciones para cortar de raíz toda posibilidad de enjuiciamiento del pasado, al paso que cobardemente renuncia a su deber de asumir toda la responsabilidad y el gasto en el proceso de localizar, dignificar y en su caso exhumar los cuerpos de las víctimas de la represión franquista. ¿Cómo hemos llegado a una situación en que el Estado español, a diferencia de lo hecho por otros países después de

cruentas guerras, renuncie a su obligación como defensor y representante de la ley y de los ciudadanos? ¿Cómo es posible que se nos haya escamoteado el derecho a recordar? Peor aún, ¿cómo se ha evitado estimular el deseo de saber? Para intentar responder, este profesor de Estética y Filosofía de la Universidad Pompeu Fabra repasa diferentes principios historiográficos, reflexiona sobre conceptos morales y filosóficos básicos, acude a interpretaciones ofrecidas por el cine o la literatura, propone nuevas actitudes educativas a partir de las reflexiones de autores como Sánchez Ferlosio, Juan Benet, Alberto Méndez, u obras como la *Iliada* o el *Quijote*..., todo ello como soporte para *entender* el verdadero sentido que encierran las declaraciones que los políticos españoles, de una u otra estirpe ideológica, han hecho a lo largo de los años transcurridos desde la transición a la democracia hasta llegar al debate sobre la Ley de la Memoria Histórica. El ensayo pretende desbrozar el bosque de confusiones y trazar una senda que permita tomar conciencia de la necesidad de alcanzar la verdad como aprendizaje moral: es urgente comprender la profundidad de lo que debemos hacer y de lo que dejamos de hacer. Así Frente a la *memoria usurera*, incapaz de ver el dolor de los otros porque rechaza lo que puede estar en su propio “debe” para buscar lo que le deben los demás, y frente a la *memoria militante*, que mantiene vivo el conflicto (la guerra) en su sentido histórico y político, limitándose a denunciar los hechos con estudios y divulgación de datos, es necesario diseñar una *memoria compartida*, una comunidad moral y política donde quepan los datos de todos. Para ello propone aprovechar la sabiduría que encierran algunas obras literarias, entre ellas, el *Quijote*, cuya lectura permite el aprendizaje de “una moralidad que reúne la piedad, el coraje, el reconocimiento de la brutalidad, de las formas variadas de la estupidez y la maldad; el reconocimiento de la fuerza de los ideales morales, pero también de su fragilidad, su vulnerabilidad y su sentido, que siempre debe ser reconstruido desde la precariedad de la experiencia vital” (p. 343); y, junto al *Quijote*, no olvidar el mito de Antígona, sobre todo la versión de Salvador Espriu, un personaje que hace lo que tiene que hacer y basta, pues cumplir los deberes con los muertos es la única vía para que los vivos apacigüen su memoria y su conciencia.

Por último, copio a continuación un listado en el que se recogen no solo los ensayos citados y reseñados, sino también aquellos otros que también fueron publicados a lo largo de 2009, pero que por razones de tiempo, de localización o de gusto personal, no he comentado. No hace falta añadir que en la lista no figuran los títulos de los que no he tenido conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

Arbeloa, Víctor Manuel. *La iglesia que buscó la concordia (1931-1936)*. Madrid: Encuentro, 2009.

- Ayala, Francisco. *Obras completas 5. Ensayos políticos y sociológicos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2009.
- Botín, Vicente. *Los funerales de Castro*. Barcelona: Ariel, 2009.
- Casavella, Francisco. *Elevación, elegancia y entusiasmo. Ensayos y artículos (1984-2008)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2009.
- Cebrián, Juan Luis. *El pianista en el burdel*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2009.
- Cortina, Adela. *Las fronteras de la persona. El valor de los animales, la dignidad de los humanos*. Madrid: Taurus, 2009.
- Cruz, Manuel. *Menú degustación*. Barcelona: Península, 2009.
- Delgado Gal, Álvaro. *El hombre endiosado*. Madrid: Trotta, 2009.
- Díaz, Elías. *De la institución a la constitución: política y cultura en la España del siglo XX*. Madrid: Trotta, 2009.
- Faber, Sebastián. *Contra el olvido. El exilio español en Estados Unidos*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2009.
- Fernández Mallo, Agustín. *Postpoesía. Hacia un nuevo paradigma*. Barcelona: Anagrama (Finalista Premio Anagrama de Ensayo), 2009.
- Ferrero, Jesús. *Las experiencias del deseo. Eros y misos*. Barcelona: Anagrama (Premio Anagrama de Ensayo), 2009.
- Fuentes Pozo, Pedro. *Una mirada clásica: cine y conciencia*. Sevilla: Point de Lunettes, 2009.
- García Camarero, Julio. *El crecimiento mata y genera crisis terminal*. Madrid: Libros de la Catarata, 2009.
- García Gual, Carlos. *Encuentros heroicos. Seis escenas griegas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Gomá Lanzón, Javier. *Ejemplaridad pública*. Madrid: Taurus, 2009.
- Goytisolo, Juan. *Genet en el Raval*. Barcelona: Galaxia Guttenberg / Círculo de Lectores, 2009.
- Gracia, Jordi y Domingo Ródenas de Moya (eds.). *Más es más. Sociedad y cultura en la España democrática, 1986-2008* (La Casa de la Riqueza. Estudios de Cultura de España, 13), Madrid: Iberoamericana: 2009.
- Hernández, Abel. *Suárez y el rey*. Madrid: Espasa (Premio Espasa de Ensayo), 2009.
- Hernández Barbosa, Sonsoles. *Un martes en casa de Mallarmé*. Premio Dámaso Alonso de Ensayo. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2009.

- Ibáñez Fanés, Jordi. *Antígona y el duelo. Un ensayo sobre la memoria histórica*. Barcelona: Tusquets, 2009.
- Lahuerta, Juan José. *Estudios antiguos*. Madrid: Antonio Machado Libros (Premio de Ensayo Círculo de Bellas Artes), 2009.
- Lorda, Juan Luis. *Humanismo. Los bienes invisibles*. Madrid: Rialp, 2009.
- Lozano, Irene. *Lecciones para el inconformista aturdido en tres horas y cuarto por un ensayista inexperto y sin papeles. La falta de ideas de la izquierda en la crisis actual*. Madrid: Debate, 2009.
- Lledó, Emilio. *Ser quien eres. Ensayos para una educación democrática*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2009.
- Maillard, Chantal. *Contra el arte y otras imposturas*. Valencia: Pre-textos, 2009.
- Marías, Javier. *Faulkner y Navokov, dos maestros*. Madrid: Debolsillo, 2009.
- Montaigne, Michel. *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2008.
- Negro, Dalmacio. *El mito del hombre nuevo*. Madrid: Encuentro, 2009.
- Ramonet, Ignacio. *La catástrofe perfecta*. Barcelona: Icaria, 2009.
- Rico, Francisco. *Figuras con paisaje*. Barcelona: Destino, 2009.
- Riechmann, Jorge. *La habitación de Pascal. Ensayos para fundamentar éticas de suficiencia y políticas de autocontención*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2009.
- Sampedro, José Luis. *Economía humanista. Algo más que cifras*. Madrid: Debate, 2009.
- Savater, Fernando. *El arte de ensayar. Pensadores imprescindibles del siglo XX*. Barcelona: Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 2009.
- Sempere, Joaquim. *Mejor con menos. Necesidades, explosión consumista y crisis ecológica*. Barcelona: Crítica, 2009.
- Taibo, Carlos. *En defensa del decrecimiento*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2009.
- Villena, Luis Antonio de. *El gatopardo. La transformación y el abismo*. Barcelona: Gedisa, 2009.
- Wagensberg, Jorge. *Yo, lo superfluo y el error*. Barcelona: Tusquets, 2009.
- Zavala, Iris. *La (di)famación de la palabra. Ensayos polémicos de ética y cultura*. Barcelona: Anthropos, 2009.